

Sueños imposibles

Tim Pratt

Pete volvía a casa caminando desde la filmoteca, donde había asistido a una sesión de tarde de *Tener y no tener*, cuando vio por primera vez el videoclub.

Se detuvo en la acera, con la cabeza inclinada y el ceño fruncido, ante el estrecho local apretujado entre una tienda de regalos hortera y una panadería. Se acercó a la puerta, escudriñó el interior y vio que había carteles de películas antiguas en las paredes, pilas de DVD, montones de cintas VHS y una pantalla grande de televisión en una pared. El letrero de la puerta rezaba «Videoclub Sueños imposibles» y las manchas del cristal indicaban que llevaba en funcionamiento ya algún tiempo.

Pero era imposible. Pete se conocía todos los videoclubs del condado, desde las grandes cadenas hasta el minúsculo local que llevaban los estudiantes de cine en la universidad, pasando por esa tienda de porno del centro que a veces vendía clásicos de terror italiano y películas pirateadas procedentes de Asia. Pero de este sitio ni siquiera había oído hablar, y pasaba por allí como mínimo dos veces por semana. Pete creía en el cine del mismo modo que otros creen en Dios, así que

no lograba entender cómo es que no había reparado en una tienda que estaba justo a tres manzanas de su propia casa. Abrió la puerta con un empujoncito y sonó una campana. La tienda era pequeña, con solo tres pasillos para los DVD y una pared de cintas VHS, luces fluorescentes y una moqueta industrial de un azul desgastado; dentro no había ningún cliente. La dependienta dijo: «Avísame si necesitas ayuda», y él asintió, sin apenas fijarse en ella más allá del hecho de que era una mujer, de unos veintitantos, y de que llevaba el pelo corto y claro, de punta como la pelusa de un pollito.

Pete se dirigió hacia la sección de clásicos. Aunque era un omnívoro del cine, juzgaba un videoclub por la calidad de la estantería de clásicos del mismo modo en el que se juzga una sociedad por el estado de sus cárceles. Curioseó por una hilera de títulos conocidos y se detuvo ante un DVD con la carátula expuesta hacia afuera en cuya parte delantera había una pegatina plateada en la que se leía «Novedad».

Pete lo cogió con las manos temblorosas. La caja afirmaba que era el montaje del director de *El cuarto mandamiento* de Orson Welles.

—¿Qué clase de broma es esta? —dijo, con la caja en la mano, casi enfadado.

—¿Perdón? —dijo la dependienta.

Pete se acercó hasta ella, blandiendo la caja, pero al verla enarcar las cejas y ponerse a la defensiva, notó que ella debía de estar pensando que se las estaba viendo con un cliente problemático.

—Lo siento —dijo—. Es que aquí dice que es el montaje del director de *El cuarto mandamiento*, con el metraje que fue suprimido.

—Ajá —respondió la dependienta, aliviada—. Salió hace unas pocas semanas. ¿No lo sabías? Antes solo se podía encontrar la versión que se estrenó en el cine, la que mutiló el estudio...

—Pero el metraje que eliminaron —la interrumpió—, eso se perdió, se destruyó, y el único rastro que quedaba de los últimos cincuenta minutos estaba en las hojas de continuidad de la productora.

La chica frunció el ceño.

—Bueno, sí, el metraje se perdió, y todos dieron por hecho que fue destruido, pero encontraron la película el año pasado en un rincón al fondo de un almacén.

¿Cómo era posible que Pete no se hubiera enterado? Los foros que consultaba en internet tenían que andar revolucionadísimos con semejante noticia, era el sueño de cualquier loco del cine.

—¿Cómo encontraron el metraje que faltaba?

—Pues es una historia interesante. Welles la cuenta en la parte de los comentarios. Bueno, de forma algo dispersa, pero es que el tío tiene unos noventa años, ¿qué vas a pedirle al pobre? Y...

—Te equivocas —dijo Pete—. A no ser que Welles esté hablando desde ultratumba. Murió en los ochenta.

La chica abrió la boca, después la cerró y esbozó una falsa sonrisa. Pete prácticamente podía oír cómo se repetía mentalmente el mantra de la atención al cliente: el cliente siempre tiene razón, incluso cuando se equivoca.

—Claro, lo que tú digas. ¿Quieres alquilar el DVD?

—Sí —dijo—. Pero no tengo cuenta con vosotros.

—¿Vives cerca? No necesitamos más que un número de teléfono, un documento identificativo y algún papel donde ponga tu dirección.

—Creo que tengo por aquí la última nómina —dijo Pete, rebuscando en la cartera y revisando los papeles.

La chica le dio un formulario para que lo rellenara, después introdujo la información en el ordenador. Mientras lo hacía, él le dijo:

—Oye, no quiero parecer gilipollas, es que... Yo lo sabría. Sé mucho de cine.

—No tienes por qué creerme —dijo, dándole golpecitos a la caja del DVD con un dedo—. Son tres dólares y dieciocho centavos en total.

Sacó otra vez la cartera, abultada no por las monedas sino por los recibos desordenados y los trozos de papel en los que se apuntaba notas.

—¿Puedo pagar con tarjeta de crédito?

La dependienta hizo una mueca.

—La compra mínima para tarjeta es de cinco pavos, lo siento, son las normas de la casa.

—Entonces cogeré un par de pelis más —respondió.

La chica miró de reojo al reloj de la pared. Eran casi las diez.

—Sé que estás a punto de cerrar, me daré prisa —dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Vale.

Fue a la estantería de ciencia ficción y se quedó boquiabierto de nuevo. Tenían *Yo, robot*, pero no esa película de acción tan poco memorable protagonizada por Will Smith, esta era más antigua, y en los créditos ponía «escrita por Harlan Ellison». Sin embargo, la adaptación del libro de Isaac Asimov que había hecho Ellison nunca llegó a rodarse, aunque sí que se había publicado en forma de libro. «Tiene que ser alguna cinta pirata grabada por estudiantes», murmuró, y además no reconocía el nombre de la compañía. Pero... pero... es que decía «ganadora de un premio de la Academia al mejor guión adaptado». Aquello definitivamente tenía que ser una broma estudiantil del director, con esa caja que presentaba seriamente el absurdo, como si se tratase de una película llegada desde alguna realidad alternativa. Merecía la pena verla, claro, aunque no entendía cómo es que tampoco había oído hablar de ella. A lo mejor la había hecho alguien de por allí. La llevó al mostrador y sacó la tarjeta.

La dependienta miró la tarjeta con suspicacia.

—¿Visa? Lo siento, solo aceptamos Weber y Foster.

Pete se quedó mirando fijamente a la chica y cogió la tarjeta que le devolvía.

—Pero esta la usa todo el mundo —dijo, hablando despacio, como a un niño—. Jamás he oído hablar de...

Encogiéndose de hombros, la chica volvió a mirar el reloj, más explícitamente esta vez.

—Lo siento, las reglas no las pongo yo.

Tenía que ver esas películas. En lo que se refería al cine —icine nuevo!, ¡extraño!— Pete tenía poca paciencia, aunque en otros aspectos de la vida era tranquilo hasta decir basta. Pero las películas eran algo importante.

—Por favor, vivo justo aquí al lado, deja que vaya a por algo de suelto y vuelvo en diez minutos, ¿vale?

La chica tenía un rictus de severidad en los labios. Él señaló *El cuarto mandamiento*.

—Solo quiero verla como se pensó que se viese. A ti te gusta el cine, ¿no? Tú me entiendes.

La expresión de la dependienta se suavizó.

—Vale. Diez minutos, ni uno más. Yo también quiero irme a casa.

Pete le dio las gracias varias veces y salió casi corriendo de la tienda. Una vez fuera corrió de verdad durante tres manzanas, casi todo cuesta arriba, hasta que llegó a su apartamento en una modesta casita blanca, donde buscó a tientas las llaves, maldijo y se dirigió al fin hacia el cajón de los calcetines, donde guardaba un delgado fajo de dinero enrollado para emergencias. Volvió a Sueños imposibles a toda prisa, respirando con tanta dificultad que sentía que cada exhalación le quemaba todo el cuerpo, con una punzada de dolor en el costado. Pete no había corrido (corrido en serio) desde las clases de gimnasia en el instituto, y de aquello había pasado ya una decena de años.

Llegó a la panadería, llegó a la tienda de regalos, pero allí entre ambas no había ninguna puerta de entrada a Sueños imposibles; es más, no había ningún espacio entre ellas. Las dos tiendas estaban la una pegada a la otra sin siquiera un callejón que las separara.

Pete apoyó una mano contra la pared de ladrillo. Intentó convenirse de que se había confundido de manzana, de que se había despistado mientras corría, pero sabía que no era cierto. Caminó de vuelta a casa, pausadamente, y una vez en el apartamento se dirigió hacia el salón, lleno de estanterías de metal que iban del suelo al techo repletas de cintas y DVD. Cogió un disco y lo metió en su reproductor universal

de lujo, después agarró el mando a distancia y encendió el enorme televisor de plasma. Los altavoces de sonido envolvente se encendieron emitiendo un zumbido y Pete se dejó caer sobre el sillón de cuero de exquisito acabado que había en el centro de la habitación. Pete conducía un Honda viejo y roñoso con cuatro puertas y trescientos veinte mil kilómetros, vivía casi exclusivamente a base de macarrones con queso y se ahorra el dinero del papel higiénico robando rollos del baño de la secretaría de la universidad donde trabajaba. Escatimaba en casi todo para derrochar en el mundo del cine.

Le dio al *play*. Pete tenía toda la colección de la serie *En los límites de la realidad* en DVD y por los altavoces se escuchaba ahora la voz del narrador, que presentaba la historia de un hombre que encuentra una polvorienta tienda de magia, llena de maravillas.

Mientras veía el episodio, Pete empezó a asentir con la cabeza y dijo con un susurro: «Ya lo tengo»...

La historia sigue en *Hic sunt dracones: cuentos imposibles*

A la venta en fatalibelli.com